



Señales sobre el cuerpo de las ciudades

Alejada del mundo, en conflicto con todos, encerrada sobre sí misma, Albania vivió, bajo el liderazgo de Enver Hoxha, una experiencia casi caricatural del totalitarismo comunista. El doctrinarismo del régimen la separó de los demás países comunistas de tipo soviético, a los que las autoridades de Tirana consideraban revisionistas y liquidacionistas de las esencias ideológicas. El museo de Tirana es el símbolo de un estado que encerró al país para que, protegido de cualquier contaminación externa, se crearan las condiciones para la aparición del hombre nuevo. En el exterior, apenas se sabía nada de lo que ocurría en Albania. Tirana (Tiran(i)a) fue una ciudad al margen, un misterio. Y, sin embargo, allí había gente que vivía y sobrevivía, sometida a un estado de presión ideológica permanente. Unos pocos gozaban de los privilegios de la nomenclatura, la mayoría tardó en desmitificar las agobiantes brumas del consenso, otros pocos resistían. Había gente que pensaba, gente que intentaba crear, y gente que creía que formaban parte de una extraña –absurda– vanguardia de la humanidad, un horizonte ético insuperable.

Todo poder –y el totalitario mucho más– es dado a la paranoia. Las autoridades de Tirana vivían obsesionadas con el enemigo: el enemigo inmediato, el que estaba en la propia nomenclatura, sometida a las purgas cíclicas habituales; el enemigo interior, el reaccionario, el que era incapaz de entender el destino supremo de la patria; y el enemigo exterior: el mundo entero. Como memoria de aquella paranoia quedan los miles y miles de pequeños búnkeres que traman la llanura de Tirana. Un día fueron el símbolo del estado de vigilancia permanente en que vivía el régimen, del acoso a que el mundo –este mundo que les tenía perfectamente olvidados– sometía a los albaneses. Hoy, alguien que no conociera la historia podría pensar que se trata de una instalación del artista rumano Christo. Un homenaje al delirio del poder, al absurdo. El centro de Tirana, del edificio del Comité Central al universo bancario, pasando por las pirámides que arruinaron a millares de personas, es un pequeño compendio del juego de los disparates que ha sido Albania en la segunda mitad del siglo xx. De todo ello trata una exposición que tiene la pretensión de explicar lo que podríamos llamar el espíritu cultural de una ciudad. Y utilizo la palabra espíritu en su sentido más abierto, alejado de cualquier concepción fuerte de tipo identitario o de cualquier fantasía sobre el inconsciente colectivo. Se trata del estado de la cultura –los modos de hablar, desear, trabajar y mandar– en un período y en un país, suma de las pasiones, los saberes, los deseos, las frustraciones, las imposiciones y las manipulaciones que sus ciudadanos han vivido y han sufrido.

Con *Tiran(i)a* pretendemos inaugurar una serie de retratos de ciudades que para nosotros fueron ocultas o desconocidas. Porque incluso en el lugar más recóndito y cerrado ocurren cosas. Y las ciudades llevan grabadas en su cuerpo señales, símbolos y restos de estas cosas. A partir de estas señales se nos hace entendible lo que podemos llamar el espíritu de las ciudades y, con ellas, su historia y sus habitantes. Tirana representaba un caso extremo, especialmente atractivo para empezar la serie. Pero, finalmente, el factor humano acaba siendo decisivo para cualquier proyecto. La posibilidad de contar con el escritor Bashkim Shehu –que conoció todas las caras de Tiran(i)a: la nomenclatura, la cárcel y la resistencia– para trazar el relato hizo que la opción Tirana se impusiera incontestablemente. Tiran(i)a, la ciudad que creyó en el hombre nuevo. Y así empezamos.